

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
» Extranjero 1'50 »

CONDENA DE MUERTE

En Francia, en el Havre, ha muerto un esquírol. Un esquírol más. Un pobre diablo á quien la sociedad había condenado sin sentencia expresa á vida de hambres y cuya ignorancia — también de origen y disposición social — le hacía creer que este mundo es el mejor de los mundos posibles y en el cual los pobres existen para trabajar cuando pueden y los ricos para gozar cuanto sus cuerpos resisten y apetecen.

Para eso — ¡oh, señor! — está el cielo con su puerta ancha para los pobres y estrecha para la aguja bíblica para los camellos enriquecidos.

El esquírol murió asesinado, ó en combate—no sabemos bien—sin que á nadie se le haya ocurrido inquirir si la sociedad burguesa fué quien lo mató impulsando su ignorancia en contra de la inconsciencia huelguista.

El esquírol hubiera muerto como tantos otros obreros — esquírols ó no — extenuado por la fatiga física, de iniciación por la falta de jornal en los paros forzosos ó envenenado por el exceso de higiene de la labor diaria, la alimentación mercantilizada y la vivienda angosta é insalubre.

Hubiera muerto así, y nadie se hubiese preocupado de su desaparición, ni aun su familia quizás, que hartó tendría con preocuparse de mal seguir viviendo, ya que parece inevitable que las gentes se empeñen en vivir hasta cuando la vida es puro sufrimiento.

Pero ha muerto á mano airada, en riña ó en acecho, y la buena sociedad, esa sociedad que no lo educó ni le dió medios de vida que le evitasen el inevitable agostamiento, se ha sentido alarmada, interesada con el esquírol muerto y preocupada en hallar su matador... que es ella misma.

Naturalmente, no llegó á inquirir hondamente el por qué de esa muerte. Se conformó con hallar el cuchillo ó el revólver y contra él esgrimíó sus códigos, esos códigos que también matan, como la ignorancia, como el trabajo excesivo, como la tarea insana, como el alimento adulterado, como la vivienda antihigiénica.

Ha hallado, dice, el instrumento de la muerte del esquírol, instrumento que en este caso ha sido... Durand, secretario del sindicato de los obreros huelguistas, á quienes el esquírol de referencia impedía mejorasen de situación y obligaba á pasar hambres, las hambres del paro.

Durand no ha sido ni el instrumento material siquiera de esa muerte. No lo ha sido ni podía serlo, porque bien sabido es que los secretarios de las sociedades obreras—trabajadores intelectualizados—son todo lo contrario de los hombres de acción. Teóricos ellos, nada más en pugna con su modo de ser que la acción. ¡Qué reñidas parecen estar en este mundo la fuerza cerebral y la muscular! Lo general, al menos, es esto.

Pero la sociedad ha encontrado cómodo hallar, en vez del autor material, el que superficialmente visto, ella considera como instigador del crimen.

Ahondando, cualquiera encuentra que el instigador del hecho es la miseria de unos y otros trabajadores, de huelguistas y esquírols, que se matan por un pedazo de pan, y que esa miseria es un producto directo, una consecuencia inmediata de la organización social presente, organización cuya culpa tienen los que la sustentan y de ella se aprovechan. La sociedad misma. Y ella es, por lo tanto, el asesino del esquírol.

Sin embargo, Durand ha sido condenado á muerte.

¿Chicago?

Sí; Chicago otra vez. Y ciento; y mil. La burguesía quiere acabar con la hidra revolucionaria; con esos malcontentos que se cansan de ser bestias; que arrastran vida de subhombres y que con sus ansias de un régimen social más armónico turban las flácidas carnes de los digestivos burgueses.

Las etapas se suceden. La Commune, Chicago, Jerez, Montjuich, Buenos Aires, Méjico, el Havre...

Y siempre igual. Siempre arriba la crueldad, la venganza, el crimen ignoto y el legal.

La condena de Durand no pasará inadvertida. Los trabajadores de todo el mundo harán saber á la Francia burguesa de Briand, que la acción revolucionaria no es una palabra que sirve sólo para escalar el parlamento en España y la presidencia del Consejo de ministros en París.

Y el socialismo, ese socialismo que tantas

veces los anarquistas hemos demostrado ser el mayor enemigo de los trabajadores y cuyo triunfo sería el de la tiranía más grande que los siglos hayan conocido, si se mancha con la sangre de Durand perderá por completo la fuerza que aun tiene en los trabajadores. Y Briand, ese esquírol, puede ser que también encuentre su Durand.

La acción directa

He ahí un nombre nuevo que expresa una idea cuya realidad se halla en la historia de todos los pueblos; una de las formas de la actividad humana, frecuentemente la más gloriosa y fecunda.

No podemos ni debemos proscribirla, porque en los siglos ha sido el factor más activo de progreso. Cuando el derecho, supeditado á la fuerza, estaba á punto de sucumbir, el esfuerzo desesperado de la acción directa le aseguró el triunfo.

Nadie puede decir á un método experimentado: «De aquí no pasarás.»

La evolución, en sus mil formas de vida, arrastra los hombres y las cosas sobre el camino indefinido del progreso. Nuestra acción se limita á inquirir las condiciones de esas transformaciones, adaptados á ellas en una acción de voluntad inteligente.

Luchamos sin tregua contra las preocupaciones atávicas, malas influencias de la educación; preocupaciones del medio familiar ó colectivo.

En esa lucha constante, escogemos las armas que consideramos más apropiadas á nuestro triunfo.

El sílex, roto por la acción del fuego ó groseramente labrado, era, sostenido fuertemente en la mano ó atado á un palo, el arma preferida de nuestro remoto antepasado al finalizar la época terciaria. La conferencia, el libro, el periódico, las asociaciones, las huelgas son las armas que se adaptan á nuestro tiempo y á nuestros medios: son más numerosas que antes, en razón de las formas complejas de la vida individual y social en el siglo xx, señalando de paso el tiempo transcurrido y los progresos realizados.

Pero el dolor, á veces la muerte, fué siempre el precio de tantos progresos. El poeta ha podido decir que los grandes genios se depuraban en el crisol de la desgracia: lo mismo sucede á nuestra humanidad, que progresa en la historia á golpes de revoluciones.

Débiles é ingratos seríamos si no lo reconocieramos.

Pero las revoluciones, chicas ó grandes, interesen á la ciudad ó á la nación, fueron siempre manifestaciones de la acción directa.

Los poetas de la Grecia antigua cantaron los laureles eternos de Harmodio y Aristogiton, que mataron al tirano. El puñal que hirió á César dió á Bruto la inmortalidad.

La Biblia glorifica la acción de Judith; Espartaco, á la cabeza de los esclavos rebeldes contra sus amos legales, echó en Roma la semilla de la libertad.

Hebert, el gran desconocido del período revolucionario, lo mismo que Marat, fueron los dos agitadores que organizaron la acción directa: los seccionarios armados y amenazando á la Asamblea forzaron á la Convención á escribir en la historia sus fastos inmortales.

Sin la acción directa no hubiera caído la monarquía: Luis XVI hubiera realizado sus negociaciones con el extranjero y sus tentativas de corrupción en el ejército y en el parlamento. La austríaca María Antonieta, abandonando á su favorito ordinario, el suevo Fersen, hubiera seducido más de un Barmecide. Pero el pueblo de París, no les dió tiempo; exigió y obtuvo.

También los republicanos, el 2 de Diciembre de 1851, apelaban á la acción directa, aunque sin éxito, pidiendo á los obreros de los barrios bajos el levantamiento en masa contra el destructor de la Constitución. Y cuando Víctor Hugo, en *Los Castigos*, escribió el verso famoso

Puedes matar ese hombre con tranquilidad nadie protestó contra ese grito de una conciencia rebelde pero justa.

Recientemente, en la desgraciada Rusia, que gime bajo el trono de los zares y se halla á merced de esas aves de rapina llamadas los grandes duques, actos vengadores han escrito el prefacio de la revolución libertadora.

El gran duque Sergio y el representante Pletwhe cayeron. ¿Quién hubiera osado protestar contra esas ejecuciones?

Sí, admitamos que un país constitucional con su parlamento asegure la libertad de ex-

presión y de protesta, y en este caso los medios de brutalidad violenta no tendrán razón ni excusa; pero ¿quién asegura el mañana? Las fuerzas de la perversidad reaccionaria pueden hallarse adormecidas, y una circunstancia imprevista puede despertarlas.

Un dictador, sentado hoy en su sillón parlamentario, acaso se levante esta noche... Y entonces, ¿cómo combatirlo y derribarlo sin la acción directa del pueblo insurreccionado? La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano nos llama á la resistencia, á la opresión; la estamparemos en las paredes para realizarla con nuestros actos. Es buena para leer y mejor para cumplir.

No lo olvidemos; ¡ay de los que lo olvidan! Cuando un ciudadano es víctima, su derecho inmanente, personal, anterior y superior á toda ley está desgarrado por la fuerza de la iniquidad dominante.

Quando un justo sufre, todos los ciudadanos deben sufrir y defenderle... ¡ó son indignos ó cobardes!

Y si un día la fuerza criminal de los banqueros de la reacción cosmopolita hace que se levanten sus víctimas en un impulso de acción directa, me contaré entre ellas.

DR. MESLIER

Anarquía que mata

Aristocracia, clero y burguesía; todas estas castas y clases que á través de la historia han dominado al pueblo bajo todas las formas, teóricas y prácticamente, para mejor dominar han elevado el delito como función social, queriendo demostrar que pretender, revolucionariamente, la supresión de todos los obstáculos que impidan que la sociedad llegue á un punto donde la vida humana sea más armónica y equitativa para todos, es delictivo.

El mismo funcionamiento de los órganos de castigo y represión — las leyes y códigos—en sus artículos hacen una constante propaganda del delito, practicado como función social de defensa y de... educación. En vano la psiquiatría y el determinismo han surgido para ayudar á la filosofía humanitaria y á la sociología, para que el concepto jurídico de la irresponsabilidad se impusiera á la venganza de la sociedad contra los delincuentes, tratando de evitar que nuevos derramamientos de sangre fueran vertidos en holocausto de la justicia histórica. Pero han sido vanos todos los esfuerzos de la psiquiatría, y criminólogos... En las naciones, las castas y clases directoras de la sociedad, para la defensa de sus instituciones, han hecho aparecer el delito en las leyes, oponiendo sus medidas absolutistas como única solución á todos los problemas sociales y humanos.

El proceder de la sociedad actual no puede ser de otra manera, dadas sus condiciones de existencia antihumanas, corruptoras de la especie; dado éstas, la sociedad está en un círculo sin salida y no se puede hacer ninguna manifestación sin que á la superficie no salga el odio, la miseria y la pena como base moral y material.

Las naciones están circundadas por fronteras y la educación que reciben los ciudadanos los hacen creerse los primeros, predestinados á dirigir el mundo... á la larga concluirán por defender su supremacía, declarando la guerra á todos aquellos que no se dejen imponer su autoridad, y de la cual quedarán unos exterminados y los otros serán los exterminadores.

Estando como está la humanidad dividida en clases: en dominadores y esclavos, en ricos y pobres, la vida de la sociedad está en constante guerra social: arriba la sospecha, abajo el sordo rencor.

Así vive la sociedad vigente. Malgrado Cristo predicando el odio á la vida; malgrado la ciencia de la vida sacerdotal, las generaciones continúan largamente dando su tributo á los rojos torrentes. Se mata por atavismo; por pasión; por defensa; por amor á la patria; por la tiranía; por la libertad; se mata, se mata siempre y sobre todo se mata porque las fuentes de la vida están envenenadas, porque la lucha está falta de los recursos de la civilización y á pesar de todos los cambios todavía estamos en el punto de partida. Los lobos devoran á los lobos y las hembras de los vencidos pasan á ser propiedad de los vencedores, procreando para éstos generaciones de esclavos.

¿Qué hacer? Destruir el círculo de hierro que nos aprisiona y nos mata; destruir el círculo en cuyas murallas se ha erigido el privilegio consolidado por la ignorancia del pueblo. Fuera de ese círculo, detrás de esas murallas sin consistencia real está la vida, campo abierto donde esplende el nuevo sol de la solidaridad de la especie para la defensa de la vida: campo abierto que pertenece á todos y en el cual todos podrán disponer de todos los medios de la vida para alimentar el estómago y el corazón que ilumina la mente, el campo inmenso de la libertad.

Esto quieren los anarquistas.

Entonces ¿por qué éstos también matan? Matan porque hay pechos que defienden las murallas que cierran el paso al campo infinito y á los libres horizontes; matan porque los quieren mantener dentro de aquel círculo estrecho; matan porque está establecido, está impuesto que á la redención no se llegue sino pasando por encima de cadáveres, aquellos que por interés, fanatismo ó ignorancia pretenden que la redención no

pase de ser más que un sueño subversivo digno de todos los rigores del código.

¡Es triste! ¿Pero la culpa es nuestra? Si las contradicciones enormes que tras nuestra aspiración oponen los poderosos, poniendo en práctica todas las represiones, nos obliga á que respondamos continuamente con la rebelión sin piedad, nosotros no hemos señalado los términos de las contradicciones; nosotros, ni siquiera tenemos facilidades para la lucha.

Se nos niega — en el campo del pensamiento — el derecho á la vida y se nos limita la libertad, obligándonos á que vivamos como bestias; á cada afirmación nuestra, aun en el terreno moral, se responde con represiones rabiosas; después que entre los nuestros surge el odio y respondemos al fuego con el fuego, sale hiriendo al espacio el grito de ¡asesinos! ¡asesinos!

No hay otra solución más razonable para romper el círculo de hierro que oprime á la humanidad.

Pero esta es retórica revolucionaria, se observará.

Sea. Pero es el hecho elocuente de la lucha entre dominados y dominantes; entre revolucionarios y conservadores; lucha empezada ha siglos y hoy precipitada á una solución; se quiere todavía que sea derramado un largo tributo de sangre en el torrente rojo...

Nosotros sabemos que á aquel tributo debemos concurrir, pero no elevamos gritos inútiles...

Hagan lo mismo nuestros enemigos.

Es inevitable que en esta época se pretenda detener el torrente.

Pero téngase presente: no es la Anarquía la que mata; sino las condiciones mismas de esta lucha social, lucha de clases que imponen el delito á una y otra parte.

M. A. FLAMMA

(Traducción de L. Hobbes.)

El esquírol

El paria, el ilota, esclavo añejo, tiene su descendiente entroneado en la presente sociedad capitalista. El esquírol moderno es el eunuco degenerado de antaño, que soporaba gustoso el fiero látigo tendido sobre sus espaldas por desalmados verdugos. Insipíbalos á la traición el vehemente deseo de adular á sus amos, vendiendo el recelo, el secreto rebelde que levantaba los pechos de ira de sus hermanos, y que hacía augurar un futuro de lucha y reivindicación. Así el *esquírol* presente, cobarde trabajador que degenera en servil esclavo, traiciona al hermano que se expone á la miseria, la persecución y el atropello, al defender sus derechos que son los de los de humilde condición económica y social. ¡Oh, traidor! eres el maldito judas abominable que traicionó la causa de la justicia por unas cuantas monedas. Jamás debiste haber salido del período de gestación. La muerte, con su guadaña fatal, debió tronchar la vida antes que el sol llegara á ti en sus fecundos rayos.

Debiste haber quedado allá en el ignoto, donde las sombras viven; allá donde la fuerza se desarrolla infinita en sus revoluciones y morir con la idea en el ser que expira. Eres la imbecil chusma que contagia con su indecente baba... Tienes la insensatez del ruía; la cobardía del vilano; la sonrisa del desvergonzado, llevando en tu degenerado rostro pintada la neg ura de tu alma vil. No naciste para el progreso; naciste para la perpetuación de la esclavitud entre los hombres, sirviendo á los intereses del amo que te desprecia. Eres la escoria malsana que pulula por las calles y plazas, portando los infectos miasmas de tu degradada naturaleza, cercenando conciencias no formadas do quiera presentas tu odiosa faz. Eres pesada rémora que obstruye la marcha ascendente en la senda abierta, que conduce á la cima gloriosa donde mora la justicia, libertad é igualdad.

Trabajadores todos: tiempo es ya de organizaros en uniones de resistencia, de defensa social, y encauzar nuestros bríos entusiastas á la finalidad emancipadora que ansiamos; tiempo es, compañeros, que unidos y desarrollando nuestras energías dentro del campo sindicalista mundial, extendiéndolo á todas partes donde el capital domina, imponiendo su tiranía absorbente, nos preparemos para entrar de lleno en lucha abierta, como fuerza organizada, frente á la avaricia burguesa que amenaza abarcarlo todo, perpetuando la esclavitud, estrechando más y más el círculo pequeño donde tiramos ahogándonos fatalmente en el torbellino de miseria y explotación que nos anonada. Preparémosnos y estemos listos al primer grito de reivindicación que atronará los espacios de uno á otro confín, despertando las fuerzas proletarias al triunfo que en medio del borrascoso batallar se dibuja en el cercano horizonte.

El capital se une, borra fronteras ante la creciente propaganda societaria que florece